

¿Quién osará tocarlas? El día que ocurra este crimen París quedará aniquilado.» Pasa esta cuestión á la orden del día.

Se leen algunas cartas del general Dumouriez y, contra lo que se esperaba, Robespierre dijo que *tenía confianza en él*. Palabras muy políticas y en aquel instante incluso patrióticas. El peligro más grande hubiera sido quebrantar la fe del ejército en el hombre que tenía entre sus manos la salud pública. Robespierre añadió con muy buen sentido que, los momentos, reclamaban un poder fuerte, secreto, rápido, una vigorosa acción gubernamental. Robespierre repitió sus continuas acusaciones contra la Gironda. Dumouriez había pedido hacía tres meses invadir Holanda, pero la Gironda se negó á ello.

«Todo esto es verdad—dijo Danton—pero menos se trata ahora de examinar los males que de aplicar los remedios. Cuando arde el edificio no pretendo salvar los muebles, si no sofocar el incendio. No podemos perder un momento para salvar la República. ¿Queremos ser libres? Si queremos serlo marchemos á la guerra, tomemos Holanda. Después Inglaterra no vivirá ya más que para la libertad. En esta nación no ha muerto el partido de la libertad y precisamente espera el momento de manifestarse. Tended las manos á cuantos ansían su emancipación. Así se salvará la patria y se librerá el mundo.

«Que partan nuestros comisarios; que partan esta noche, ahora mismo y que digan á las clases adineradas: «Queremos que la aristocracia de Europa sucumba bajo el peso de nuestros esfuerzos y de nuestro poder; que pague esa aristocracia nuestras deudas ó pagadlas vosotros. ¡Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas!» (Nutridos aplausos). Ved, ciudadanos, qué hermoso porvenir nos espera. ¡Cómo! ¡Tenéis á vuestro lado una nación entera que os sigue, la razón por punto de apoyo y aún no habéis transformado el mundo! (Aumentan los aplausos). Para esto es necesario carácter, decisión, arrojo y verdaderamente estas cualidades han flojeado. Dejo á un lado todas las pasiones. Excepto la del bien público me son indiferentes ahora. En circunstancias críticas, cuando el enemigo estaba á las puertas de París, os dije: Vuestras discusiones son pequeñas. ¡Yo no conozco más que al enemigo! (Grandes aplausos). Quienes se entretienen hablando en vez de ocuparse en la vida de la República son unos traidores y los desprecio.»

Esta era la revelación completa del pensamiento de Danton, que provocó el entusiasmo y la admiración general; todos los representantes se olvidaron de sus pequeñeces y se elevaron sobre sí mismos; habían desaparecido los partidos. Pero Danton conocía muy bien el espíritu inconsecuente de las Asambleas; por lo mismo, confió poco en que los representantes perseverasen y aseguró el golpe clavando en las almas el aguijón del terror: «He de advertiros á todos que no me importan ni mi reputación ni mi personalidad. Yo quiero que se salve la Francia. Poco me molesta que me llamen sanguinario. Bebamos la sangre de los enemigos de la humanidad si es necesario; combatamos, conquistemos.»

Nadie, al oír estas palabras, dudó de que Danton estuviese en connivencia con los que pedían el derramamiento de sangre. Y sin embargo, era lo contrario. El mismo advirtió á los girondinos el peligro que corrían.

La Asamblea quería tan solo tomar una medida que tranquilizara momentáneamente los ánimos, por ejemplo, detener á dos generales sospechosos, cuando un individuo que hablaba raras veces, tomó aquí una gran iniciativa. Dijo que se declarase la sesión permanente hasta constituir un *Tribunal revolucionario*.

Este miembro era un apreciado legista amigo de Cambon y compañero en la diputación de Montpellier, tan moderado como Cambon violento é irascible; fué el primer relator del Código civil (Agosto del 93), más tarde segundo cónsul, archicanciller del imperio: era el grave y dulce Cambacérés. Este se aproximaba á quienes estaban dotados de una cualidad que él no poseía, la acometividad y el valor personal, la energía viril. Si en otra época se ligó á Bonaparte, en el 93 y en dos ocasiones decisivas se colocó al lado de Danton. Solo en toda la Convención, él solo apoyó la proposición de Danton que hubiera salvado la vida del rey; votó Cambacérés entonces por la vida de Luis XVI y, ahora, el día 10 de Agosto, podía decirse que había votado por la muerte al autorizar, con su palabra siempre moderada y suave, la creación de un tribunal revolucionario. Cambacérés dijo: «Todos los poderes se os confían; debéis ejercerlos todos; no puede haber separación entre el cuerpo que delibera y el que ejecuta... No cabe seguir ahora ya los procedimientos ordinarios...»

Estalla una tempestad de gritos: «¡A votar, á votar!»

Buzot pronuncia un discurso bellissimo, elocuente: «Se quiere un despotismo más afrentoso que el de la anarquía (*aquí gritos furiosos de protesta*). Yo doy gracias por cada momento que transcurre de mi vida á quienes me conceden el favor de vivir. Yo quiero salvar en este asunto mi responsabilidad, la memoria de mi nombre para el porvenir, quiero huir del deshonor votando contra la tiranía de la Convención. ¿Qué importa que el tirano sea uno ó tenga múltiples formas? ¿Cómo acabará el despotismo si todos los poderes estarán concentrados aquí?»

Lacroix consiguió que se discutiera la proposición, y Robert Lindet, el abogado de Evreux, sacó de su bolsillo el proyecto redactado. Lindet, por sobrenombre la *hiena* (no merecía este duro apelativo), era un abogado del antiguo régimen, moderado por temperamento; perteneciente á la vieja escuela monárquica, acostumbrado á juicios por comisiones aplicaba sin escrúpulos á las necesidades revolucionarias las ordenanzas de Luis XVI, sobre todo, las que hizo para acabar con los protestantes. En el arsenal del Terror monárquico encontró los elementos para el nuevo Terror. Poco trabajo tenía que hacer: cambiar una palabra: donde decía el *rey* debía colocar la *Convención*:

«Nueve jueces nombrados por la Convención, juzgaran los proce-

sados por decreto de esta. No se empleará ninguna forma de instrucción. No hay jurados. Todos los procedimientos son buenos para formar la convicción del delito cometido.

»Se perseguirá no solamente á los prevaricadores, si no á los que desiertan de sus puestos ó sean negligentes en el cumplimiento de su deber; á los que con sus palabras, escritos ó hechos, pudieran engañar al pueblo; á los que ocuparan antiguas plazas y pretendan prerrogativas usurpadas por los déspotas.»

A esto hay que añadir una manifestación verdaderamente tirá-



KERVÉLÉGAN

nica: «En la Cámara habrá siempre un miembro para recibir las denuncias.»

«Esto es la inquisición—dijo Vergniaud—esto es peor que el tribunal de Venecia.»

«Ciertamente—dijo Cambon—yo he reclamado la creación de un tribunal revolucionario, porque entiendo que hace falta, pero en distinta forma. ¿Qué valla opondréis á la tiranía de esos nueve jueces? ¿Y si sentencian á la misma Asamblea?»

«¡Ah—grita furioso Duhan—y habláis con menosprecio de los jurados! ¡Ved si lo son los patriotas degollados en Lieja! Eso es un tribunal execrable á propósito para asesinos.»

Cambon añade: «Con tribunal semejante no encontraréis un hombre honrado que quiera intervenir en las funciones públicas.»

Barere lo apoyó: «Los jurados son la garantía para los hombres libres.»

Al oír esto la Montaña parece que siente un golpe en el corazón. Billaut-Varenes dijo que estaba de acuerdo con Cambon y que en tal tribunal debían figurar jurados nombrados por las secciones.



THOMAS PAYNE

Los montañeses se dividen: «Nada de jurados, dice Phelippoaux.» Otros montañeses quieren jurados.

Por fin se obtuvo el jurado. La Convención quedaba facultada para nombrarlo del seno de las secciones y departamentos.

Se levantó la sesión. Danton permaneció en su asiento y con gesto y voz terrible dijo: «Ruego á los buenos patriotas que permanezcan en sus puestos.»

Todos se sentaron de nuevo: «¡Pero qué, ciudadanos, ¿os vais á marchar sin tomar ninguna de las grandes medidas que exige la salud de la patria? Pensad en que, derrotados Miranda y Dumouriez, vendrán obligados á deponer las armas ante el enemigo, sufriendo la nación un

golpe que la arruinaría. Los enemigos de la libertad se muestran audaces, y si nos vencieran en toda la línea serían provocadores. Dentro de Francia es preciso primero garantizar la vida de los ciudadanos constituyendo un tribunal de alta justicia que contenga los perversos intentos de los reaccionarios y evite que retroceda el país en su triunfal marcha para la conquista de la libertad universal. Constituyamos, pues, este alto comité de justicia. Organizado éste, enviemos nuestros representantes á la guerra, creemos un nuevo ministerio, una marina... que la patria tenga en todas partes su defensa. Son respetadas las naciones cuando son temibles. Desarrollemos toda la fuerza nacional, pero sin designar para su dirección más que á los ciudadanos que, estando en continuo contacto con vosotros, nos aseguren el cumplimiento exacto de las medidas aprobadas por vosotros. Aun no somos un cuerpo constituido; es preciso trabajar con ahinco para serlo, si queremos desempeñar el papel que reclama nuestra categoría.

«Resumamos. Esta noche aprobemos la constitución del tribunal y la formación de un nuevo ministerio; mañana organización militar y partida de nuestros representantes; que nadie objete si son de la derecha ó de la izquierda; son patriotas solamente. Elevada Francia, podrá serena y resueltamente marchar sobre el enemigo, invadir Holanda, libertar Bélgica y echar los gérmenes de la revolución política de Inglaterra. ¡Que nuestras armas lleven á todas partes la libertad y la dicha del pueblo! ¡Que sea vengado el mundo!»

A las siete de la noche se levantó la sesión. En aquel momento, Loubet, advertido por su mujer, llegó jadeante y avisó á la derecha que un grupo armado marchaba á la Convención para degollar á algunos representantes. A quienes no encontró en la Asamblea, Louvet fué á advertirles en su propio domicilio. La mayor parte no creyó muy oportuno inmolarse el día 10 favoreciendo los planes de los asesinos y tomó las necesarias medidas para su conservación. El girondino Kervélégan fué al arrabal de Saint-Marceau y puso en movimiento á los honrados y valerosos federados bretones que aun no habían salido de París; el ministro de la Guerra, Bournonville, se puso á su frente, organizó patrullas, dió órdenes... No encontró á nadie. El grupo se había disuelto. Ni un ruido sospechoso se oyó. Un girondino, Petion, juzgó con una frase gráfica el movimiento, y lejos de buscar un refugio permaneció en su casa. Cuando Louvet llegó acalorado y le comunicó los peligros que corría para que se pusiera á salvo, Petion, frío por naturaleza y que en pocos años había adquirido provechosa experiencia de las revoluciones, abrió la ventana y dijo sencillamente: «¡No ocurrirá nada: está lloviendo!»

Dos ministros, los menos amenazados, fueron á la Convención al objeto de informarse. Encontraron á Pache en su actitud ordinaria de tranquilidad. Pache siempre estaba así; aunque se le hicieran cargos en pleno consejo ó se le gritara muy fuerte no perdía su imperturbable

calma. Contestó á los ministros que el comité de insurrección, Varlet y Fournier, habían esperado largo rato en la Comuna, que Hebert había aplaudido los propósitos del comité y Varlet y Fournier salieron de la Comuna diciendo que esta no era más que refugio de aristócratas.

Varlet y su banda habían dicho que era necesario «arrestar doscientos representantes girondinos.»

¿Qué hacía entretanto el arrabal de San Antonio? Su actitud lo decidió todo. Santerre, el general cervecero, pronunció un discurso ininteligible. El arrabal comprendió todo lo que quería decir el cervecero y no le hizo caso. Fracasó el movimiento. Santerre y Pache tuvieron que prestar ante la Convención juramento de buenos ciudadanos. Ambos convinieron en achacar el suceso á manejos de los realistas. Era necesario sacrificar á Varlet, Fournier, etc. Santerre presentó así la cosa, diciendo que el movimiento tenía por objeto instaurar la monarquía con el nombre de Igualdad, pero que nada había que temer. Habló jactándose de haber evitado que el arrabal prestara su apoyo al movimiento, cuando era el arrabal quien no había hecho caso de sus excitaciones sospechosas.

Cuando Santerre explicaba esto la Asamblea era poco numerosa. Se abrió la sesión á las nueve de la noche, pero gran número de diputados dejó de asistir. La Asamblea estaba casi desierta. Todo presentaba un aspecto triste, siniestro. En la sala oscura, desguarnecida en el centro, destartalada, debían permanecer de pie los diputados, por que muchos sentían escrúpulos de sentarse. Lo más significativo es que el silencio profundo de la derecha parecía corroborar el terror que se apoderaba de las gentes. En la extrema derecha, que ocupaba la Gironda, veíase á Vergniaud.

Sea por la superior sagacidad de su espíritu ó por el desprecio de la vida, arrojó todos los peligros y se sentó en aquellos bancos que parecían estar habitados por la tristeza y la muerte. Soportó artículo tras artículo pacientemente la lectura del terrible proyecto de Lindet. No dijo más que una frase: «Pido que la votación sea nominal. Conviene conocer quienes son los amigos de la libertad y quienes los que la nombran siempre para aniquilarla.»

También solicitó la votación nominal un hombre honrado. La Reveillere-Lepeaux.

Las palabras de Vergniaud significaban la decadencia del girondismo.

Un montañés dijo que no era partidario del jurado en el tribunal revolucionario: «No, dijo Thuriot el amigo de Danton, los jurados son necesarios, pero *deben opinar en alta voz.*» Estas palabras encierran un fondo de terror.

La Convención durante esta noche, sin dinero, ni fuerza, ni ejército organizado, creó un fantasma.

Evocado este por toda Europa contra Francia por los realistas, el Terror, fué el sueño sangriento que vivió en la imaginación de todos.

El ejército retrocedía desmoralizado, harapiento, fatigoso... La Asamblea vió el Terror en la frontera. Exhausto el Tesoro, no teníamos para saldar las cuentas de la guerra universal más que treinta millones en billetes. El crédito de mil millones votado no se llegó á efectuar. En el fondo del arca nacional no había otro depósito que el fantasma del Terror.

¿Qué enviar á Lion, Bretaña, Bélgica, la Vendée? Nada. Solo una fuerza existía con gran poder en Francia: La justicia revolucionaria.

No costó más que un decreto, una hoja de papel.

¡Costó más! Costó el corazón de la misma Francia; la muerte de los fundadores de la República, de los mejores amigos de la patria, la cabeza de Danton, de Vergniaud, la sangre de quienes votaron y de quienes se negaron á votar, de quienes representaron la protesta de la ley y de quienes fueron como la Necesidad de la patria.

¡Necesidad, fatalidad!... Cuanto fué benéfico á la libertad en el 92, fué fatal durante el siguiente año.

El mismo domingo 13 de Marzo, cuando la Convención instituía en París el tribunal revolucionario, los realistas insurgentes constituían uno en el Loira inferior y el Marais. Por la mañana comenzaron las matanzas en la Vendée. Los campesinos insurrectos reaccionarios, contrarrevolucionarios, mataron en menos de seis semanas quinientos cuarenta y dos patriotas.



## CAPITULO V

### *La Vendée (Marzo del 93)*

Coincide la Vendée con la invasión.—Primeros caracteres de la Vendée, enteramente populares.—La Vendée es la revolución del aislamiento é insociabilidad.—La Vendée se unió mas tarde á Francia.—La propaganda de los curas.—Cathelineau, el hombre del clero.—Originalidad de Cathelineau en su propaganda eclesiástica. Los primeros excesos en Cholet.—La matanza de Machecoul comienza el 10 de Marzo.—Tribunal de realistas en Machecoul (Marzo-Abril).—Explosión en Saint-Florent 11-12 Marzo.—Cathelineau y Stoffet (13 de Marzo).—Ejército de Anjou y de Vendée.—Toma de Cholet (14 Marzo 93).—Matanzas de Pontivy, la Roche.—Bernad, etc.—Continuación de las matanzas de Machecoul.—Los escasos obstáculos que encontró la Vendée.—Su victoria en el Marais (19 Marzo).—Valentía de los republicanos bordeleses y bretones.—Nantes.—La Vendée no tenía aun jefes pertenecientes á la nobleza.

Contemplad ahora á Nantes, al Loira Inferior y los cuatro departamentos que los rodean; la gran ciudad está encerrada en un círculo de fuego.

Es el domingo 10 de Marzo. Después de oír misa, las masas agrícolas se han diseminado en grupos dispuestos á caer inevitablemente sobre las poblaciones. El primer acto fué la matanza de Machecoul.

La explosión de Saint-Florent se efectuó el 11 y 12. Las matanzas de Pontivy, de la Roche, Bernad y otras poblaciones bretonas, se ejecutaron el 12 y 13. El 13, tomó las armas el héroe de la insurrección vendeana, el carretero Cathelineau, que comenzó el movimiento de Anjou.

Los datos presentan aquí una significación tremenda.

El primer ensayo de la Vendée, la abortada tentativa del 92, se verificó el 24 de Agosto, día de San Bartolomé, en el momento mismo